

¿Espiritualidad nueva?

Tal es el título de un libro, que publicado ahora entre nosotros, es de una importancia muy grande para los intelectuales y por tanto interesa sobremanera, según creemos, a nuestros lectores. Nos referimos a la obra del Excmo. D. Vicente Enrique y Tarancón, Obispo de Solsona, encabezada con el título que abre esta presentación y comentario (1).

Nadie puede sorprenderse de que los ambientes intelectuales estén constantemente en eferescencia, incubando nuevas modas y estilos del pensar y del vivir, amagando evoluciones y revoluciones, algunas abortadas, otras logradas, tanto las que redundan en bien, como las que redundan en mal. Es ley de la vida este continuo movimiento interno; y por tanto, será también ley de la vida intelectual, que se produzcan en el orden de las ideas incesantes movimientos en el seno de los ambientes clausos de eruditos y estudiosos. Así como nos sorprendería vivamente un parque en que no hubiese árboles en crecimiento, otros en movimiento hacia la enfermedad y decrepitud, unos con renovación de vitalidad y expansión ordenada, otros abocados a una próxima muerte, de un modo muy parecido (pues la vida de las ideas y del espíritu tiene muchos puntos de parecido con la vida en sentido propiamente físico o biológico) ha sucedido a través de toda la Historia y sucederá siempre, esta incesante fermentación en los ambientes cultos o intelectuales. Sorprenderse de este fenómeno sería como sorprenderse de que Historia sea Historia, o sorprenderse, por ejemplo, de que después del Enciclopedismo germinase el Regalismo y después el Liberalismo y luego el Socialismo, que a su vez está en quiebra para dar paso a un estilo futuro de concebir la estructuración social. No nos maravillamos, pues, de que incuben en España, ciertos movimientos de intelectuales.

Nos maravillamos sí, de que haya gente que se maraville, y reaccione o bien con la posición estoica de lo fatal, o con la posición

(1) Excmo. y Rvdmo, Dr. D. VICENTE ENRIQUE Y TARANCON, Obispo de Solsona y Secretario del Episcopado Español: *¿Espiritualidad nueva?* Carta Pastoral. Barcelona, Publicaciones «Cristiandad» 1956; 141 pág., 14 x 19 cms., 25 ptas.

escéptica de «lo mismo da». Esto es tener horizontes cerrados. Lo que importa ni es maravillarse de lo que sucede, ni inhibirse ante esta realidad: lo que importa es darse cuenta de que este fenómeno no es de suyo malo, sino simplemente natural; pero que puede acabar en bien, si está bien encauzado, y en mal si está mal encaminado; y por tanto, que no hemos de dar poca importancia a los movimientos intelectuales, sino al contrario (como venimos proclamando hace ya algunos años desde las columnas de ESPIRITU) hacer que salgan de su letargo todas las personas responsables de España, que todavía dormitan, sin advertir la realidad del mundo en que viven, mundo rápido de lucha de ideas, en que todas las ideas acaban en punta, hasta aquellas que parecen más inocentes y romas, como son las del liberalismo cuya punta (muy afilada) consiste en decir que nada acaba en punta, cuando con esta aseveración ya han clavado, y muy hondo en la carne viva, una punta envenenada de confucionismo e indiferentismo.

Esta es, pues, la actitud, la firme actitud, que deseamos vivamente ver encarnada en España; esta es también la inquietud que anhelamos sembrar en todas partes, a saber, que nadie puede quedarse indiferente, ajeno a la lucha. Todos hemos de estar ojo avizor ante los movimientos y revoluciones de ideas que se producen allende las fronteras, porque a vuelta de algunos años cruzarán estas fronteras y nos llegarán aquí (sean buenas o sean una degeneración) con aire de gran cosa; nos es preciso, pues, estudiar estos movimientos, conocerlos a fondo. No con el apriorismo del que quiere combatir lo nuevo (esto sería irracional y mal fundado); pero también contra el apriorismo del que quiere admitir lo nuevo por solo serlo (también esto es absurdo y señal de decrepitud); sino con el afán de contrastar lo nuevo con lo bueno: someterlo a una dura crítica, asimilar cuidadosamente todo lo que de mejor nos venga de allende los Pirineos, pero también con el cuidado de oponer una crítica demolidora y cruel contra todo lo que es dañoso y malo, aunque se encubra con capa de bien y de modernidad.

Precisamente por esto consideramos excepcionalmente importante y oportuno el libro del Excmo. Sr. Obispo de Solsona, «¿Espiritualidad Nueva?», que recoge como un elenco de los principales movimientos intelectuales que han fermentado durante estos últimos diez años en España.

Naturalmente, cada libro pretende un fin concreto, y no se le puede pedir más que lo que se propone exponer y lograr. No creo que el libro del Dr. Vicente Enrique Tarancón pretenda ser un trabajo *exhaustivo* (en el mismo prólogo se dice «no tengo la pretensión de hacer una enumeración exhaustiva»); tampoco pretende ser un *tratado teológico* acabado, en el que se someten al análisis y al estudio científico todas las doctrinas, aquí denunciadas y sólo brevemente refutadas; finalmente, ni siquiera creo que su autor se haya propuesto darnos una obra *definitiva*, en el sentido en que se consi-

dera definitivo un tratado doctrinal. Pero creo que sería algo superficial negar o desconocer «su» verdadero valor, por notar los aspectos que no pretende tener.

Ahora bien, su valor es primordialmente el de un toque de alarma a los hombres de buena voluntad, para hacerles ver, a través de la autorizada voz del Excmo. Sr. Obispo de Solsona, que en el fondo de las exageraciones y deficiencias de los movimientos intelectuales de hoy, suele haber algo de verdad, algo fundado, que nos invita sinceramente a la reflexión y a la reforma, y por lo menos a un perfeccionamiento y avance, al que hemos de estar siempre dispuestos. Pero también nos pone en guardia a todos, contra lo falso, la inconsciencia de quienes se imaginan que soltando al azar y en plar de bravucones ideas revolucionarias, sin más ni más, pueden conseguir un buen fin.

La frase que tantas veces hemos oído en España estos últimos diez años (y que hace unos veinte oímos en otros países europeos), que consiste en decir: «¡ya nos corregirán! ¡Lancemos ideas y descontento, que a otros incumbe el trabajo sesudo de la medida! ¡a los jóvenes sólo levantar la caza, aunque luego el teólogo profesional haya de irla derribando!»... Frases así y otras parecidas, son por desgracia un índice de la inconsciencia y de la pobreza doctrinal más lamentable.

No es esto lo que la Iglesia espera de sus hijos, de los católicos verdaderos. Cierta que cuenta con los ímpetus juveniles innovadores, pero informados por la verdad, por la doctrina seria y bien fundada, nunca por el azar novedoso y destructor.

Ante esta realidad el libro del Excmo. Sr. Obispo de Solsona realiza en España, a no dudarlo, una labor de suma importancia, que sólo podemos mirar con gozo y admiración.

Sería interesante que a través de los abundantes datos que esta obra nos ofrece, examinase alguien si estos conatos, aparentemente desligados y de orden muy diverso, obedecen en realidad o no a un ritmo común, y por tanto si vienen o no de una misma fuente. ¿Cuál es esta fuente y este ritmo? Para poner la segur a la raíz hay que ir hasta ahí y exponer con abundancia precisamente los grandes principios, algo lejanos tal vez, de donde brotan estas consecuencias: si nos contentamos con refutaciones particulares solamente, haremos como quien quiere tapar las goteras de su cielo-raso con nuevos emplastos de yeso, sin cerrar el grifo que a chorro va inundando el piso superior. Naturalmente este trabajo es propio del teólogo y del filósofo, no es lo que pretende (con un fin eminentemente pastoral) el autor del libro que comentamos; pero insinuamos que bien valdría la pena de que alguien se ofreciese a darnos una cuidadosa investigación sobre este punto.

Terminamos nuestras líneas sugiriendo a todos los lectores de **ESPIRITU** que lean la obra del Sr. Obispo de Solsona: cuantos sientan

vocación de intelectual o por lo menos simpatía por sus problemas, no pueden ignorarla.

Hasta los jóvenes que sienten la llamada de la vocación a la política la han de leer. En ella aprenderán que ninguna política puede ser a la larga estable y fecunda, si falta en los hombres (materia prima insustituible) la fidelidad a la verdad y a las ideas salvadoras. Sería muy superficial, política de epidermis la que no cociciase fundarse en la buena disposición moral, intelectual de aquellos a quienes quiere dirigir. Y si bien es verdad que dotes naturales, en cierta medida también influyen aun cuando faltan recursos acertados doctrinales y lo es asimismo que la verdad por sí sola no basta cuando faltan los otros medios, no obstante nadie puede negar que *en igualdad de otras circunstancias* la verdad tiene una fuerza inmensa, con la que todo hombre sensato ha de querer contar.

Nuestra felicitación a *Publicaciones «Cristiandad»* por el acierto de difundir en España este interesante libro de renovación intelectual.